



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Paper Universitario

HAN KANG: DOS NOVELAS DE LA RECIENTE NOBEL

AUTOR

**Iván Rodrigo Mendizábal,
docente del Área de Comunicación,
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**

Quito, 2025

DERECHOS DE AUTOR:

El presente documento es difundido por la **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**, a través de su **Boletín Informativo Spondylus**, y constituye un material de discusión académica.

La reproducción del documento, sea total o parcial, es permitida siempre y cuando se cite a la fuente y el nombre del autor o autores del documento, so pena de constituir violación a las normas de derechos de autor.

El propósito de su uso será para fines docentes o de investigación y puede ser justificado en el contexto de la obra.

Se prohíbe su utilización con fines comerciales.

Han Kang: dos novelas de la reciente nobel

En los últimos años, Corea del Sur ha sido noticia en el mundo por su sostenido desarrollo, que no solo es palpable en los ámbitos económico y tecnológico, sino también en el artístico, a través de algunas reconocidas producciones de cine y televisión, obras literarias e, inclusive, el K-pop, estilo musical popular entre la juventud, que mezcla ritmos, danza y una vestimenta particulares. En este contexto ha surgido Han Kang, escritora surcoreana galardonada con el Premio Nobel de Literatura 2024.



Iván Rodrigo Mendizábal

ivrodrigom@gmail.com

El Premio Nobel de Literatura 2024 ha sido otorgado a la novelista surcoreana Han Kang. Como siempre, las apuestas –ya clásicos divertimentos en las redes sociales y en alguna prensa– no llegaron a intuir a esta ganadora frente a ciertos monstruos de la literatura contemporánea, que siempre se piensan como los posibles candidatos. Han Kang, sin duda, hizo correr a críticos y lectores a buscar sus obras en las librerías. Con todo, en Hispanoamérica esta autora ya era leída por sus libros *Actos humanos* (2018), *Blanco* (2020), *La clase de griego* (2023) y *La vegetariana* (2024), de un total de ocho textos de ficción, uno de poesía y dos de ensayo. Salvo *La clase de griego* y *La vegetariana*, publicados por Random House, los dos primeros fueron puestos en el mercado hispanohablante por Rata, una editorial independiente con sede en Madrid.

Podríamos decir también que en Ecuador supimos de Kang. Tanto *La clase de griego* como *La vegetariana* llegaron a las perchas de algunas librerías; de hecho, tales títulos, como suele suceder, estaban fuera de la mirada del lector acucioso. En realidad, un librero me acercó, tiempo atrás, a *La clase de griego*. Llamaba la atención que, entre los títulos localizables en las librerías, hubiera una surcoreana traducida al castellano.



El Premio Nobel de Literatura 2024 ha sido otorgado a la novelista surcoreana Han Kang. Como siempre, las apuestas –ya clásicos divertimentos en las redes sociales y en alguna prensa– no llegaron a intuir a esta ganadora frente a ciertos monstruos de la literatura contemporánea, que siempre se piensan como los posibles candidatos. Han Kang, sin duda, hizo correr a críticos y lectores a buscar sus obras en las librerías. Con todo, en Hispanoamérica esta autora ya era leída por sus libros *Actos humanos* (2018), *Blanco* (2020), *La clase de griego* (2023) y *La vegetariana* (2024), de un total de ocho textos de ficción, uno de poesía y dos de ensayo.



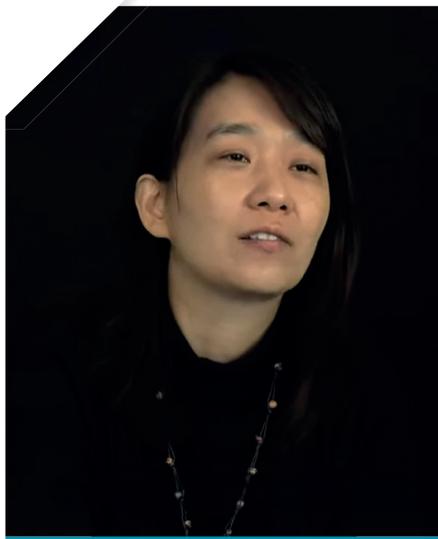
Leer su nombre incita a cuestionarnos sobre si estamos al tanto de la literatura surcoreana o la asiática.

En este contexto, cabe indicar que en los años recientes Corea del Sur ha acaparado la atención mundial con

su industria. Así, sus tecnologías, con innovaciones y marcas, son competitivas en el mercado, y sus producciones de cine y series de televisión ahora son usuales en las plataformas audiovisuales. Consideremos algunos nombres cuyo influjo es internacional: Park Chan-wook, Kim Ki-duk, Bong Joon-ho, Yeon Sang-soo o Kim Jee-woon; sus filmes, como *Parásitos*; *Old Boy*; *Primavera, verano, otoño, invierno... y primavera* o *Las estaciones de la vida*; la serie *El juego del calamar*, y *Mi primer amor*, entre otros, impactan hasta hoy.

En lo musical, fuera de muchas bandas o cantantes, es popular entre la juventud, incluso la ecuatoriana, el K-pop, que mezcla ritmos, estilos, danza y vestimenta. A su vez, la industria del libro forma parte de esta "nueva ola cultural" surcoreana o *hayllu*, tal como se le conoce. Las obras de algunos autores ya han sido traducidas a varios idiomas, entre ellos el castellano; por ejemplo, *Pachinko*, de Min Jin Lee; *Kim Ji-young nacida en 1982*, de Cho Nam-joo; *Almendra*, de Won-pyung Sohn; las dos novelas gráficas, *Hierba* y *La espera*, de Keum Suk Gendry-Kim; *Sobre mi hija*, de Kim Hye-jin... Aunque la lista puede continuar, tampoco es extensa en el ámbito hispanoamericano, diferente al inglés, donde la profusión es palpable. Y, claro está, dentro de todo este panorama, destaca el filósofo Byung-Chul Han.

Indudablemente, Han Kang es parte de este movimiento que se ha abierto al mundo. Su obra ha sido traducida a varios idiomas, lo que le ha llevado a ser reconocida globalmente desde fines del siglo pasado por su estilo peculiar. Sunme Yoon fue la que tradujo a Kang al castellano. Su trabajo como traductora, siendo surcoreana –quien, además, había vivido y estudiado en Argentina, hasta doctorarse más tarde en España–, ha



Han Kang durante la presentación de *La clase de griego* el 24 de octubre de 2017 en Francia. Fotografía: Librería Mollat / Wikimedia Commons

permitido que los lectores hispanohablantes aprecien la poética literaria de Kang, más aún trasladando los signos-ideas del coreano a las convenciones lingüísticas del castellano.

Kang nació en Gwanju, en 1970, pero el lugar de residencia desde su niñez fue Seúl. Aunque se graduó en la carrera de Literatura, parte de su vida estuvo relacionada con el periodismo, profesión que le dio la posibilidad de explorar los conflictos vitales de cualquier ser, hecho observable en sus obras. Su salto a la literatura, en 1993, fue inmediato al ganar un premio literario por la temprana novela *Red Anchor*, a la que siguieron cuentos y luego poesía. Sin embargo, su primera novela publicada fue *Black Deer*, en 1998, a la que le siguió *Your Cold Hands*, en el año 2002. Tras estas vienen *La vegetariana* (2007), *The Wind is Blowing* (2010), *La clase de griego* (2011), *Actos humanos* (2014), *Blanco* (2016) y *I Do Not Bid Farewell* (2021). Esta lista, aparte de los libros de cuentos, supone galardones como el

Premio Literario Manhae, en 2014, por *Actos humanos* –que obtuvo también el Premio Malaparte 2017, en Italia–; el Premio Internacional Man Booker de 2016 por *La vegetariana* –que cosechó además el Premio San Clemente, en España (2019)–, y el Premio Literario Kim Yujung, en 2018, por *I Do Not Bid Farewell* –que asimismo se adjudicó los premios Médicis en Francia, en 2023, y el Émile Guimet, en 2024–. El Premio Nobel de 2024 reafirma su carrera literaria, pese a que para

muchos críticos es reducida y poco evaluable, al punto que el escritor John Banville la califica de «idiota e infantil». Por otro lado, hay que anotar que, por fuera de la creación literaria, Kang alterna su labor con talleres y clases de escritura creativa, junto a exposiciones y *performances*. Todo ello le condujo al videoarte.



Para comenzar, *La vegetariana* es una novela de tres partes: “La vegetariana”, “La mancha mongólica” y “Los árboles en llamas”. Su argumento gira alrededor de una mujer que, producto de un trauma que se le manifiesta, resuelve convertirse en vegetariana. Aunque este hecho podría ser algo extraño, las consecuencias en su vida y en su entorno son expuestas por Kang de modo radical, al punto que la novela estremece por la tensión y el desarrollo de los hechos. Tanto el marido, como la familia, y pronto la sociedad, no comprenden la decisión y el comportamiento de la mujer, que son asimilados como perturbadores.



La vegetariana y *La clase de griego*, según lo dicho, no son obras recientes, aunque sí nuevas en el mercado editorial hispanohablante. La primera es de 2007 y la segunda, de 2011. Ambas son distintas, pero tienen un trabajo estético-poético notable.

Para comenzar, *La vegetariana* es una novela de tres partes: "La vegetariana", "La mancha mongólica" y "Los árboles en llamas". Su argumento gira alrededor de una mujer que, producto de un trauma que se le manifiesta, resuelve convertirse en vegetariana. Aunque este hecho podría ser algo extraño, las consecuencias en su vida y en su entorno son expuestas por Kang de modo radical, al punto que la novela estremece por la tensión y el desarrollo de los hechos. Tanto el marido como la familia, y pronto la sociedad, no comprenden la



La novela de Kang, entonces, es un alegato sobre la mujer contemporánea que quiere ser independiente, enfrentándose a aquel poder que desea mantenerla dentro de lo tradicional y, además, la vigila ejerciendo sobre ella violencia física y simbólica, todo ello en el contexto de la modernidad y el avasallante capitalismo surcoreano. Si la voz del hombre en la primera parte de la novela es para denotar el grado de machismo al que está sometida la mujer, la voz en las otras dos partes es, más bien, la de la autora, quien acompaña a su personaje en su periplo dentro de la oscuridad que vive y de la que trata de librarse.

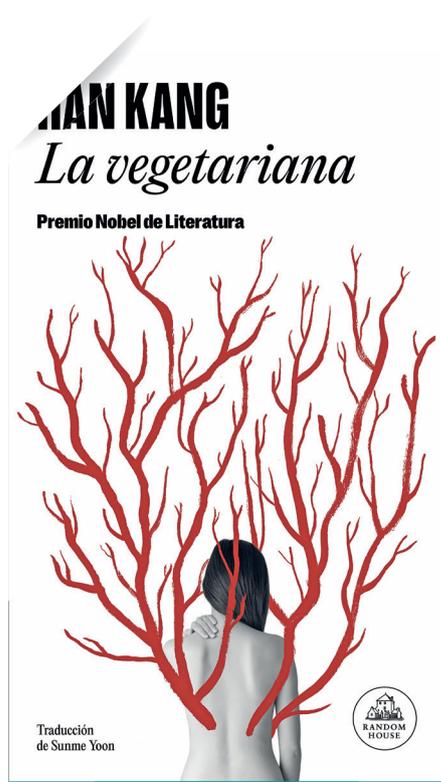


decisión y el comportamiento de la mujer, que son asimilados como perturbadores.

Es así como Kang nos introduce en un mundo marcado por la distancia y la soledad en la primera parte: "La vegetariana". Retrata, de forma minimalista, la existencia de una mujer, joven, sin hijos y solitaria. Si bien la protagonista, Yeonghye, podría ser como cualquier otra mujer que tiene libertad para moverse, hacer lo que quiera o tomar decisio-

nes, pronto percibimos que ella está constreñida a un espacio vaciado, sofocante y violento. En este marco, lo particular, en la primera parte de la novela, es que el narrador no es ella, sino el marido, el cual cuenta la historia de su esposa y su relación. Aunque su relato podría ser la crónica de un proceso en el que él se siente vulnerado por los cambios que tienen efecto en su vida, pesadamente advertimos que se trata de un matrimonio determinado por la presencia del hombre para quien la mujer es ama de casa, con obligaciones domésticas y conyugales orientadas a que el esposo las disfrute: «Mi mujer se ajustó sin problemas al rol de esposa común y corriente que yo deseaba». Esta afirmación, desde ya, produce un efecto contradictorio en el lector, al patentizar una vida marital con una impronta machista.

De este modo, el relato, desde el punto de vista del marido, es paradójico, porque nos acerca a una vida matrimonial donde la mujer, pese a ser profesional, está signada por la sumisión. Yeonghye es un ser-objeto en un entorno en el que dos seres hacen su vida por separado, donde el uno exige a la otra la observancia de sus deberes; de ahí que el sexo sea una obligación –«Antes solía acceder a mis deseos sin poner peros», expresa el marido–, hecho que muestra que la modernidad capitalista surcoreana tendría su precio en la falta de involucramiento marital, en la incompreensión de los deseos de la pareja, en la vergüenza a la que se le obliga a la mujer y en el silencio que debe guardar, dado el contexto patriarcal aceptado como corriente. Por tanto, el acto de Yeonghye es una rebelión contra el modelo social de matrimonio funcional, de apariencias, sin horizonte alguno. Al respecto, citemos una visión



Portada de *La vegetariana* (editorial Random House)

que ella narra como parte de un sueño-pesadilla, de los muchos que tiene:

¿Por qué no me asusté entonces? Todo lo contrario, me sentí hasta serena. Fue como si una mano fría se posara en mi corazón. Como si repentinamente todo lo que me rodeaba se retirara como la marea. La mesa, tú, los muebles de la cocina... Fue como si solamente quedáramos yo y la silla en la que estaba sentada, en medio de un espacio infinito.

¿No es la autorreflexión que prueba el estado en el que la protagonista se halla? La cuestión de fondo es la pérdida de satisfacción y felicidad personal dentro de una relación donde la convivencia tiene lugar sin emociones, sin compromiso y sin responsabilidad real. Si la vida en el departamento es oscura, sombría y, a la par, irrespirable —«[Es] como si estuviera encerrada detrás de una puerta sin picaporte», dirá ella recordando otro sueño—, la decisión de adoptar, por parte de Yeonhye, el vegetarianismo es congruente y radical, en la medida que busca respuestas a cuestiones que le atosigan; entre ellas, lo que sería el bienestar propio, al mismo tiempo que dar una vuelta de tuerca a una existencia a la que trata de procurar un sentido.

Aunque este motivo es llamativo, su aspecto simbólico es aún más revelador, pues si la razón para ser vegeta-



En el caso de *La clase de griego*, también hay una relación entre un hombre y una mujer, pero ambos son distintos y se desenvuelven en un contexto académico. Igualmente, hay dos voces: la una, de un profesor de griego antiguo que retorna a Corea del Sur para enseñar en una academia privada —tras años de vivir en Alemania—, quien, por otro lado, está perdiendo la vista paulatinamente. La otra, la de la autora, que cuenta la vida de una estudiante que asiste a las clases de griego; ella, asimismo, ha perdido la capacidad de hablar, además de tener un conflicto interno, existencial, relacionado con su pequeño hijo y la sombra de su madre muerta.



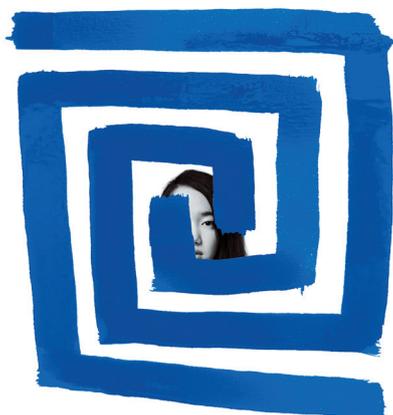
riana es impugnar un matrimonio donde Yeonhye se siente “comida” o devorada por los deseos prosaicos de su marido, Kang pronto nos lleva a dimensionar lo real, que estaría presente en la decisión y en la nueva conducta de la mujer, vista por sus allegados como un acto suicida. En la segunda parte de la novela, “La mancha mongólica”, en alusión a una mancha verdosa que la protagonista tiene en la parte posterior de su cuerpo —además, objeto de deseo del cuñado, que se acerca a Yeonhye con interés sexual, pese a que lo disfraza con hacer de ella una actriz de videoarte, aprovechando su cuerpo logrado por los efectos del vegetarianismo—, notamos que la razón más evidente de ser vegetariana responde a lo que ella ve en sus sueños. En un diálogo con el cuñado leemos:

- Si prefieres no contestar, puedes no hacerlo —agregó él, luchando contra las imágenes lujuriosas que continuaban desarrollándose en un rincón de su cabeza.
- No, no me importa hablar de ello, pero seguramente no lo entenderías —respondió ella impasible, masticando los frijoles—.
- Es por los sueños.
- ¿Los sueños? —repitió él.
- Sí, porque tengo pesadillas... Por eso no como carne.
- ¿Qué sueñas?
- Caras.
- ¿Caras?

Se trataría de las máscaras sociales —cara/rostro equivale a máscara y, más aún, tiene que ver con la personalidad—. Son las tapaderas con las que la sociedad opera para ordenar la vida o para dominar; en realidad, las formas del ejercicio del poder contra los semejantes se dan mediante la expresión de las caras y el trabajo

AN KANG *La clase de griego*

Premio Nobel de Literatura



Traducción
de Sunme Yoon



Portada de *La clase de griego* (editorial Random House)



con los cuerpos. Lo que Yeonghye ve en sus sueños – expresiones traumáticas, en un sentido freudiano– son la diversidad de individuos que le rodean consciente o inconscientemente, cuyos rostros confusos le causan miedo. Hay algo de gótico en este plano de la novela. Es decir, es la crisis de identidad que le produce su entorno cercano, dominado por la mentalidad patriarcal, a la cual enfrenta abrazando el régimen vegetariano. Entonces, las caras traumáticas son las del esposo, del cuñado, de su familia, la del padre que ejerce violencia real contra Yeonghye, la de la madre que asume la posición machista al insistir en que coma carne, la de los allegados que se le burlan... En suma, son los rostros acusatorios y aterradores de una sociedad que no admite que la mujer sea ella misma y, más bien, persigue que no salga de lo instituido. De ahí que Yeonghye se dé cuenta luego, cuando enfrenta las caras de pesadilla, de que el vegetarianismo no debe ser solo un comportamiento, sino también un horizonte de libertad. En la tercera parte, “Los árboles en llamas”, descubrimos que la protagonista aspira a volverse planta-árbol, es decir, ser de nuevo vida plena, tal como lo descubre más tarde la hermana, Inhye, la cual asiste a Yeonghye cuando es internada en un manicomio. Yeonghye le dice: «Inhye... Todos los árboles del mundo me parecen mis hermanos». No es el suicidio; es el deseo de volver a la tierra, a la naturaleza... Morir para vivir en trascendencia.

La novela de Kang, entonces, es un alegato sobre la mujer contemporánea que quiere ser independiente, enfrentándose a aquel poder que desea mantenerla dentro de lo tradicional y, además, la vigila ejerciendo sobre ella violencia física y simbólica, todo ello en el contexto de la modernidad y el avasallante capitalismo surcoreano. Si la voz del hombre en la primera parte de la novela es para denotar el grado de machismo al que está sometida la mujer, la voz en las otras dos partes es, más bien, la de la autora, quien acompaña a su personaje en su periplo dentro de la oscuridad que vive y de la que trata de librarse. La novela, claro está, pone en tensión incluso a la propia voz

de la narradora para hacernos caer en cuenta de que la voz social sigue imperando; prueba de ello es que, pese a que Yeonghye intenta liberarse, termina internada en un manicomio. Lo que estremece, sin embargo, es la férrea voluntad de quitarse de encima la identidad impuesta, para asumir otra, afín a la naturaleza.

En el caso de *La clase de griego*, también hay una relación entre un hombre y una mujer, pero ambos son distintos y se desenvuelven en un contexto académico. Igualmente, hay dos voces: la una, de un profesor de griego antiguo que retorna a Corea del Sur para enseñar en una academia privada –tras años de vivir en Alemania–, quien, por otro lado, está perdiendo la vista paulatinamente. La otra, la de la autora, que cuenta la vida de una estudiante que asiste a las clases de griego; ella, asimismo, ha perdido la capacidad de hablar, además de tener un conflicto interno, existencial, relacionado con su pequeño hijo y la sombra de su madre muerta.

A diferencia de lo que ocurre en *La vegetariana*, las dos voces interaccionan gravemente: la narración del profesor, autorreflexiva, emotiva, quiere ser al mismo tiempo inspiradora porque es la crónica de una vivencia personal que implica la vocación de enseñar un idioma a otros; la de la narradora, a su vez, trata de conectar el devenir de la estudiante no solo con el aprendizaje del idioma –hecho que supone estudiar su organización–, sino también saber lo que este idioma encierra, es decir, un mundo a través del cual ella tam-

bién intentará saber más de sí misma y de sus expectativas. En suma, Kang cuenta la relación de un profesor y una estudiante, casi distantes en edad, en cultura, en hábitos y en conocimientos, ambos determinados por la pérdida. Lo particular es que la autora tampoco nos dice sus nombres; su anonimato nos lleva a pensar la novela y sus personajes en términos simbólicos.

Sin embargo, quizá hay una clave en tono metafórico en el primer capítulo, dicha por el propio profesor, que tiene que ver con Jorge Luis Borges y su relación con María Kodama, sobre todo al final de sus días. Aquella



Podríamos colegir que, como mujer en una sociedad patriarcal –pienso también en *La vegetariana*–, la pérdida del habla significa asumir el silencio impuesto: «Un silencio anterior al habla, anterior incluso a la existencia». Es que pareciera que el silencio social ya no se cuestiona y se asume como normal; de acuerdo con ello, hablar vendría a ser un exceso. De ahí que la narradora escriba: «Ella se roza los labios como si tocara los dientes gastados de una enorme pieza de engranaje. Como recordando un órgano atrofiado hace tiempo, busca a tientas en su cabeza la vía por la que antes brotaban temblorosas las palabras».



se vislumbra en el pedido de Borges a Kodama de hacer que se grabe en su lápida de muerte una frase relativa a una espada que, para el narrador, también significa «la ceguera que aquejó a Borges en sus últimos años y lo aisló del mundo», pero que, además, hizo que Kodama fuera, más y más, su fiel compañera. Entonces, ¿no es acaso *La clase de griego* un relato sobre una relación entre dos individuos, cada cual con sus propios universos y conflictos, que se unen poco a poco, aunque sea simbólicamente, por el “filo acerado” –frase que tiene que ver con la espada sugerida por Borges– del griego?

Respecto al profesor de griego, su labor es ya compleja, en el sentido de que enseña lo que, según él, «es una lengua muerta y no se puede usar en la comunicación oral». De hecho, para Corea del Sur, el griego antiguo no tendría peso alguno, salvo si algún interesado –como los que se anotan en el curso de la novela– desea adentrarse en la filosofía occidental; debido a ello, la tarea del docente es singular porque, tras el idioma, estaría un pensamiento que él trata de infundir en sus estudiantes. Kang, sin embargo, no lo muestra como algo aislado: en una parte, cuando narra la niñez de la estudiante, también da cuenta de que ella había aprendido con rapidez, incluso de modo autodidacta, el coreano, pero sobre todo su grafía y sus consonantes, llevándole a descubrir el universo de signos-ideas denotados en aquel.

Un hecho se plantea en la novela: es con la práctica de la escritura de los idiomas y luego, de su dicción que se puede acceder a la cultura y a la filosofía que la permea. Y no solo ello: la cuestión del lenguaje tiene que ver con la identidad de los personajes.

En un caso, para el profesor es la conexión entre dos momentos de su vida y, por otro lado, dos formas de sociedad; este profesor ha vivido en el mundo occidental y, por lo tanto, ha aprendido sus lógicas culturales; ahora que ha retornado a Corea del Sur, sabe que allá hay otro pensamiento enzarzado en el idioma. Pero ¿se pueden ver ambas en discordancia? Inferimos: si el griego –antiguo– supone el pensamiento occidental, en cierto sentido, este también estaría en diálogo con

el coreano, no tanto porque se asemejen, sino porque Corea, pese a sus tradiciones, ha digerido cada vez más la lógica del capitalismo de Occidente, la cual le ha permitido su despunte y, con ello, el materialismo. La

pregunta existencial del profesor, más allá de su preocupación relacionada con perder la vista y, con ello, el sentido de lo bello que ha admirado, es contribuir a «[devolver] al mundo material la vida». Entonces, pretende sensibilizar con el griego a sus estudiantes coreanos, abriéndoles el sentido de lo social, de lo político, de la virtud y de la vida bella misma, planteados por Platón.

Su identidad está relacionada con la filosofía –«con el griego me [siento] como en el interior de una habitación silenciosa y segura», dice él–, es decir, con el arte de saber pensar.

En el caso de la estudiante, pese a que en principio pareciera no conectar con el griego, este también es un puente para recuperar el habla. Ella sufre de lo que podría ser la disartria, la pérdida de la capacidad del habla que, por segunda vez, desde su niñez, la aqueja. Inicialmente, podría tratarse de un problema emocional, pero al mismo tiempo es uno de comunicación con su entorno, con la sociedad: «Ella es consciente de que no perdió el habla debido a una experiencia en particular», leemos en una parte de la novela. Esto le aísla, le impide relacionarse, hasta pasar desapercibida. Leamos este fragmento, que es significativo:

El lenguaje se fue deteriorando en el transcurso de miles de años, desgastado por el uso de incontables lenguas y plumas. Ella misma lo fue deteriorando a lo largo de su vida, con su propia lengua y su propia pluma. Cada vez que empezaba a escribir una oración, notaba su corazón gastado; su corazón remendado, consumido, inexpresivo. Cuanto más lo sentía, más se aferraba a las palabras, hasta que un día las soltó y sus manos quedaron vacías. Los fragmentos mellados cayeron a sus pies. Los dientes del engranaje dejaron de girar. Una parte de ella, el lugar de su interior más desgastado por el uso, se desprendió dejando solo el hueco, como un mordisco, como la marca que deja una cuchara en el blando tofu.

Podríamos colegir que, como mujer en una sociedad patriarcal –pienso también en *La vegetariana*–, la pér-



Finalizo señalando que Kang hace una escritura de mujer acerca de la mujer en el contexto surcoreano. Pone en tensión las apariencias sociales con el rol identitario que realmente reclama un lugar en la sociedad de su país. Cuestiona el problema de incomunicación prevaleciente que, al parecer, nadie debate. Más allá de cierto tono triste, a veces oscuro, *La vegetariana* y *La clase de griego* aleccionan para la esperanza.



dida del habla significa asumir el silencio impuesto: «Un silencio anterior al habla, anterior incluso a la existencia». Es que pareciera que el silencio social ya no se cuestiona y se asume como normal; de acuerdo con ello, hablar vendría a ser un exceso. De ahí que la narradora escriba: «Ella se roza los labios como si tocara los dientes gastados de una enorme pieza de engranaje. Como recordando un órgano atrofiado hace tiempo, busca a tientas en su cabeza la vía por la que antes brotaban temblorosas las palabras». La boca y el órgano del habla han sido transformados en un problemático engranaje que ha sido estropeado, además, por el peso del poder social machista: a la mujer se le habría quitado su potencia vital, haciéndola maquina, funcional al sistema social. En este contexto, también es importante el rol del exmarido, que logra quitarle la custodia de su hijo por considerarla una “loca” –en realidad, porque ella no tenía los recursos suficientes, lo que le habría llevado a estados de desánimo–: contrario al silencio del habla de la mujer, aquel tiene «la boca [...] llena de palabras [...] resbaladizas que rasgan y hieren, palabras que saben y huelen a hierro. [...] Estas] se clavan en ella como trozos rotos de una cuchilla de afeitar». El lenguaje patriarcal, entonces, es avasallante, autoritario y también despectivo. De ser así, tras inscribirse en el curso de griego, la voluntad de la mujer ahora es enfrentar el problema y recuperar su identidad femenina, su identidad de género y también su identidad generacional, y hacerlo a través de un idioma extraño, uno que curiosamente es pretérito, con el que podría reconectar con sus sentimientos como mujer, con su ser interior que es bello, aunque esté traspasado paradójicamente por la impronta de lo occidental. Al mismo tiempo, para ella, como símbolo de todas las mujeres, implicaría comunicarse con una voz nueva para enfrentar el miedo a los que les «[vacieron] del lenguaje», los que deterioraron su capacidad de hablar y las obligaron a asumir el silencio.

La clase de griego, también se podría afirmar, es un alegato que pone como centro a la mujer contemporánea en el marco de un mundo que sigilosamente violenta, impone la censura e impide hablar. El problema fundamental es la comunicación humana: la mujer de la

novela no puede hablar y debe recurrir a la clase de una lengua muerta para retomar su voz; es decir, debe enfrentar el silencio, queriendo hablar a partir de la memoria de otra lengua, esto es, a partir de volver a hacer aparecer y reexplorar lo sensible de sí. De hecho, cuando era niña, cuando aprendía las consonantes del coreano, en realidad estaba explorando cómo tales consonantes, al relacionarlas, le servían para crear ideas, para crear mundos que le gustaban. La unión de consonantes, por ejemplo, le ayudaba a construir el signo de bosque, cuya forma era la de “una antigua pagoda”. Por lo tanto, de eso se trata: de volver a comunicarse con el mundo; de rearticular lo material con la memoria, con lo sensible que encierran las ideas. En cierta forma, la mujer de *La clase de griego* se parece a Yeonghye, de *La vegetariana*, cuando desea volverse árbol. Así, la comunicación es realmente la reconexión con la vida, una que se le había quitado. En este sentido, ambas novelas tienen un punto de encuentro: la comunicación real con la vida, con lo sensible, con lo que es ser mujer.

El profesor de griego también estaría reconectando, pero, en su caso, con la cultura y sociedad que había dejado. Su problema de pérdida de visión es, a su vez, de comunicación; la paradoja es que para volver a comunicarse con su sociedad, debe emplear una lengua muerta, pero considerada como base de todo un pensamiento. Él intuye que su sociedad se ha occidentalizado, y qué mejor manera de volver a conectarse con ella que a través de una lengua que es puente. Y al lograrlo –a la par, ha conseguido relacionarse con la mujer de la historia, cuando la visión se hace más borrosa–, el signo del bosque en su piel, escrito por ella, supone que, entre ambos, han vuelto a la vida.

Finalizo señalando que Kang hace una escritura de mujer acerca de la mujer en el contexto surcoreano. Pone en tensión las apariencias sociales con el rol identitario que realmente reclama un lugar en la sociedad de su país. Cuestiona el problema de incomunicación prevaleciente que, al parecer, nadie debate. Más allá de cierto tono triste, a veces oscuro, *La vegetariana* y *La clase de griego* aleccionan para la esperanza. ❧